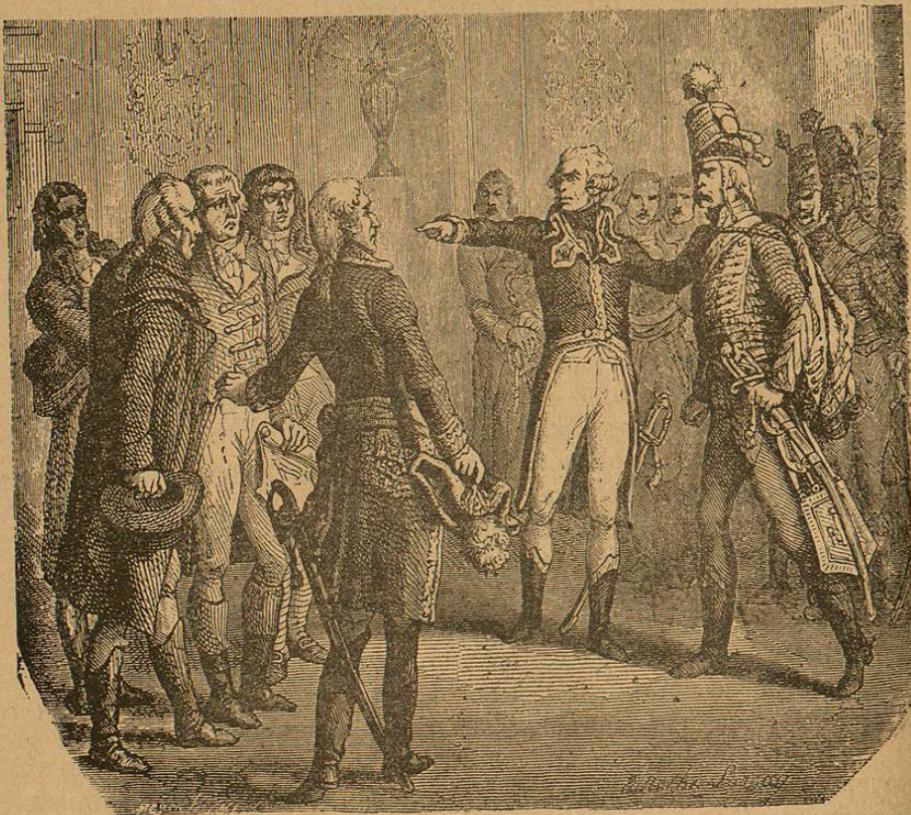


el empréstito tenía aceptabilísima garantía. Se os daba la del pago con los bienes de los emigrados.

Esta fué la combinación ideada por Cambon para obligar á que se aceptaran estos bienes.

Otra cosa también no menos necesaria que el dinero era la requisición personal, recluta que comenzaron á odiar en muchos departamen-



«Esto es demasiado—dijo Dumouriez,—arrestad á estos hombres.» (Pág. 666)

tos por que arrancaba lo mejor, la gente joven en la que se confiaba para el progreso de estos departamentos.

Quedaban solo los viejos, las mujeres y los niños, los inertes para el trabajo; sin embargo de que una gran cantidad de estos reclutas jóvenes se negaron á partir para la guerra pidiendo ser reemplazados y se agruparon oponiendo resistencia, siendo apoyados por la mayoría de las secciones que no podían soportar la violencia de sus tribunales revolucionarios y sobre todo las demandas de dinero.

El conflicto ocurrió en París el 3 y el 4 de Mayo, y los comités

revolucionarios triunfaron sobre las secciones cuyos locales quedaron casi desiertos en lo sucesivo.

El resultado fué contrario á Lion.

Durante todo el mes de Mayo, los *moderados*, á mano armada, se mantuvieron contra la municipalidad. Como se verá, resultó de esto una guerra civil, de la que, detrás de los moderados y de los girondinos verdaderos ó falsos, se descubrieron los realistas.

La requisición personal dirigida por los comités tenía el inconveniente de que cuando se dirigía á un individuo lo hacía por odio. La



Retrato satírico de Robespierre. (Le representan esprimiendo el corazón de Francia para beberse la sangre.)

sección de los Gravilliers y muchas gentes de buen sentido hubieran preferido el sorteo. Así lo propuso Danton.

Un desgraciado girondino aplaudió la proposición y se convirtió esta en impopular, sospechosa. Danton no se atrevió á insistir.

La situación era tan especial, que la Convención aprobó todas las medidas tomadas por las secciones sin preocuparse de si eran estas diferentes en cada sección, resignándose ante su impotencia y admitiendo los refuerzos, vinieran de donde viniesen.

La política del momento fué asustar á los contrarrevolucionarios, armando á los buenos patriotas contra los egoístas.

El día 8 por la noche Robespierre propuso á los Jacobinos la detención de todos los sospechosos.

El día 13 pidió que se asalariase un ejército compuesto de *sans-culottes* y que se diera sueldo también á los individuos de las secciones. La Comuna votó aquel mismo día la primera parte de la proposición.

La ley daba á los comités de las secciones el derecho á *vigilar á los seres sospechosos*. El día 16 intentaron la primera prueba de su inmenso poder arrestando á un magistrado, un juez de paz; durante la noche se realizó la detención.

Al día siguiente la Convención ordenó su libertad, y la Asamblea, para demostrar su descontento, eligió presidente al más exaltado de los girondinos, á Isnard.

La violencia de Isnard era provocante, colérica, furiosa, sin medida ni prudencia.

Era la misma guerra.

Podía preverse en tal presidente que no tardaría en surgir un conflicto y que ó la Montaña ó la Gironda iban á ser destruídas.

La Gironda estaba atestada de hombres de talento, elocuentes; contaba con hombres honrados que la daban aspecto adorable. Pero, sin embargo, ninguna medida proponía para remediar á la patria. La Francia parecía con la Gironda. Era esta el centro, el apoyo del fatal *moderantismo* que impedía la acción, especialmente la financiera, la venta de los bienes de los emigrados.

¿Cómo derrotar á la Gironda si ella no representaba la división? ¿Como prescindir de ella sin armar la venganza de los departamentos, sin provocar la guerra civil?

Danton quería que se intimidase á la Gironda denunciándola como obstáculo para la salud de la patria, creyendo que entonces se retiraría la Gironda.

Quiso también que la Convención sancionara provisionalmente lo que era la expresión de todo París y que la decisión fuese comunicada á los departamentos. Si se adherían, la retirada de los veintidós era inevitable. Bajo este aspecto hizo presentar el proyecto á los Jacobinos por su amigo Fabre de Eglantine.

Tenía este proyecto la virtud de desembarazar á la Convención de los girondinos, que era durante la crisis primaveral, lo que se proponía Danton. Fabre formuló la proposición el 1.º de Mayo.

Robespierre no quería sin embargo que dimitiera la Gironda. Quería que fuese juzgada porque la creía culpable.

Sincero al expresar estos sentimientos, fué para él, sin embargo, un acto poco político. ¡En el estado en que se encontraba Francia proponer semejante proceso, era terrible, peligroso! Los girondinos, aunque hubieran sido culpables, contra ellos no se encontró pruebas materiales. Se les atacó por sospechas, por presunciones. ¿Si se hubiera encontrado pruebas materiales creéis que no hubieran circulado por todos los departamentos?

Robespierre no quería la muerte de los girondinos. Los quería desmascarar primero, deshonrarlos ante la opinión.

Así lo dió á entender Marat, cuyo fondo moderado al hablar ante la Asamblea evidenció los proyectos de Robespierre. Creo también que éste quería un proceso en toda regla, arrestados los girondinos, procesados, condenados, impidiendo que continuasen conspirando...

La mayoría de los Jacobinos no pensaba más que como Robespierre.

Seríamos injustos si para juzgarlos empleásemos las palabras que uno de ellos, un miserable, Desfioux, escribía á los Jacobinos el 6 de Abril desde Burdeos: «Afortunadamente los girondinos van á ser asesinados.»

En los Cordeleros solo algunos hombres sostenían la conveniencia de una matanza.

Hemos visto en la sección del Obispado las violencias y las exageraciones combatidas en el 92 y el 93 por Robespierre y Marat. El Obispado no tenía el apoyo del pueblo en estas ocasiones ni en su tentativa del 10 de Marzo. El 1.º de Abril, los Jacobinos, desautorizándolos por medio de su presidente Marat, impidieron que se apoderasen de las armas de la Comuna que el Obispado, según decían, quería distribuir entre las secciones.

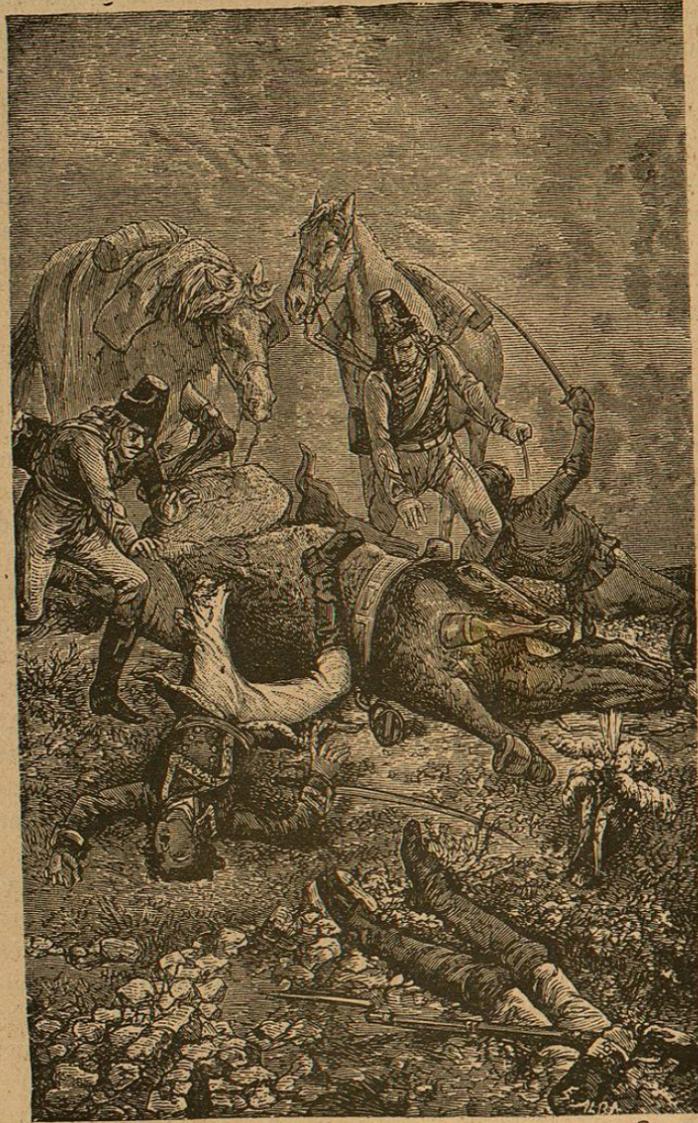
Hacia fines de Abril el azar, una casualidad imprevista le dió al Obispado gran popularidad; fué este accidente la muerte de Lazowski, uno de sus miembros, capitán de las baterías del arrabal de Saint-Marceau. Hemos hablado ya de este refugiado polaco que tanto brilló el 10 de Agosto y que después se domicilió entre la población más indigente de París. Enviado con Fournier con órdenes de escoltar á los prisioneros de Orleans no impidió que se realizaran las espantosas matanzas. ¿Pudo evitarlo? Es dudoso. De nuevo le vemos el 10 de Marzo considerado por sus convecinos del arrabal como el vencedor del 10 de Agosto.

Estas buenas gentes profesaban al polaco gran devoción, y cuando murió, víctimas del mayor desconsuelo, aseguraban que su héroe había sido envenenado. La Comuna se adhirió á su dolor y á su presunción. Adoptó á la hija del muerto, concediéndole el elevado honor de ser enterrado su padre en la plaza del Carroussel, frente al palacio mismo que él había destruído. ¿Lazowski, el hombre del Obispado, el héroe del movimiento del 1.º de Marzo enterrado frente á la Convención no era como una ruda amenaza para esta, un atentado de insurrección?

Este acontecimiento fortificó la popularidad del Obispado. Los Jacobinos que habían condenado sus violencias diéronle la mano sin titubear. Robespierre en la sociedad trazó un estudio necrológico del muerto, del gran patriota.

La Comuna por su parte, observando esta alianza del Obispado y de los Jacobinos se confió á aquél. Era como el centro de los comités que se encargaban en nombre de las secciones de realizar el empréstito

forzoso. Allí se reunían los comités que debían repartir los socorros prometidos á los necesitados.



Una bomba le arrancó una pierna. Al día siguiente falleció. (Pág. 36)

El primer intento de violencia contra la Convención fué un motín de mujeres (18 de Mayo). Se les hizo creer á estas que el encarecimiento del pan era obra de los girondinos, que querían matar de hambre al

pueblo, dominarlo por el exceso de miseria; los girondinos acaparaban el pan para arrojarlo al Sena.



«Se ha salvado! ¡Viva Marat!» (Pág. 24)

Las mujeres asediaron la Asamblea, penetraron en ella, tomaron asiento y combatieron á los hombres en las tribunas y en la puerta.
«Ya lo veis —dijo Isnard— se quiere disolver la Asamblea... Esto

es un complot fraguado por Pitt...» Marat á esta locura respondió con otra. Sostuve que la Gironda obraba de acuerdo con la Vendée.

Guadet aventuró entonces dos proposiciones muy graves. Una reproducía la idea peligrosa emitida otras veces de reunir á los representantes suplentes en Bourges. La otra solicitaba *trasladar todas las autoridades de París*.

Ante todo hacía falta que la Convención desarmara estas fuerzas, estas autoridades y que quitándoles todo derecho de requisición de las fuerzas armadas entregaran estas atribuciones al Comité de Salud pública.

Evidentemente la ejecución del plan revolucionario, por las proposiciones de Guadet quedaba á merced del citado Comité, cuya ejecución realizaría. Si en París se daba una batalla, en cierto modo el Comité quedaba como general de la Convención. ¿Hubiera aceptado semejante papel? Solo esta idea hacía estremecer á Barere. El comité no tenía la autoridad necesaria para esta ejecución.

Barere se lanzó á la tribuna y descartó del Comité la responsabilidad que se quería hacer pesar sobre él. El elegante y fácil orador dió el espectáculo de una suave evolución. Ataca á la izquierda, deplora los excesos de la Comuna... La derecha comienza á aplaudir. Entonces Barere súbitamente se vuelve á la derecha y dice: «¡Arrojar á las autoridades de París! ¡Si fuera amigo de la anarquía apoyaría semejante proposición! (Aplausos de la izquierda). Es necesario crear una comisión compuesta de doce individuos que examine á los arrestados de la Comuna, que analice el proceder de los ministros y tome medidas para la tranquilidad pública.» En el mismo instante se decreta esto.

Por la intervención de Barere el Comité declinó la responsabilidad de la ejecución.

¿Qué había de hacer este Comité de los Doce encargado de *adoptar medidas*...? ¿Qué significaban estas vagas palabras? ¿Eran palabras de desconfianzas, de recelos? Entonces, por necesidades de la situación, la fuerza de este poder hubiera obtenido su representación de los hombres débiles de carácter. Los que fueron nombrados excepto Rabaud y Fonfrede, ninguno tenía las condiciones necesarias para desempeñar tan grave misión. Eran generalmente diputados jóvenes de la derecha, una especie de Gironda inferior. Vigié, por ejemplo, Henry Lariviere, oradores fáciles, pero faltos de fuerza de acción.

No en el Obispado, sino en la alcaldía tuvo lugar una reunión el domingo 19 por la noche. Presidióla los administradores de policía de la Comuna. Debíase examinar los medios para detener á los sospechosos. El administrador Marino, pintor en porcelanas, el mismo que después en Lion adquirió tan espantable fama, que se apoderó de 22 individuos *haciéndolos desaparecer*, dijo: «Hemos de declarar inmediatamente quienes son los que han emigrado.» Era un hombre calmoso, pesado, frío, serio. Razonaba sin prisa. Cuando hizo aquella declaración

no obtuvo que se aprobara más que después de un breve silencio que parecía solemne por la expresión grave de Marino. Algunos manifestaron que no había local suficiente para realizar las ejecuciones en la forma que él las deseaba. Otro dijo que era necesario esperar el plan de ejecución que estudiaban Robespierre y Marat, plan que presentarían á los Jacobinos. Entonces se levantó un individuo y adoptando una actitud grave como le cuadraría á Maquiavelo dijo: «Es necesario tomar medidas rápidas. Coligny estuvo cerca del rey á media noche. Una hora después lo habían muerto.»

La exaltación en estas discusiones era ridícula, especialmente después de lo que hicieron los Cordeleros. El joven Varlet, celoso de Marino que deseaba las matanzas, propuso una nueva fórmula más bella, de mayores atractivos... y mejores efectos dramáticos. «Debe hacerse una insurrección de un género absolutamente distinto del empleado hasta ahora. Entraremos en la Asamblea con los derechos del hombre envueltos en negros crespones y limpiaremos cuanto haya en la Asamblea que huela á curas, nobles, excontituyentes... Exterminaremos á los borbones, etc...» Legendre que se encontraba allí, pidió que se respetase al menos el local de la Convención.

No era fácil suponer tampoco que las secciones recibieran con aplausos todos estos proyectos. Durante la noche del domingo al lunes todos los miembros que estaban en sesión permanente se horrorizaron ante la proposición del pintor Marino. El alcalde Pache, que el lunes por la noche había de presidir los comités revolucionarios, no permitió que se hablara de violencias: «Si matáis á esos veintidós—dijo—provocaréis la guerra civil.» Reprochándole varios por su timidez añadió: «En todo caso no es aquí donde se deben discutir esas cosas.» De este modo, dulcemente, dejaba estas cuestiones á la puerta, quedando los demás en libertad de conspirar, pero fuera de la alcaldía.

En realidad nadie prestaba crédito á las matanzas que se consideraban ya casi imposibles. El París del 93 era completamente distinto del del 92. La sangre no hervía con la misma fuerza. Las provincias más tardías en su marcha eran jóvenes cuando ya París había envejecido en las Revoluciones. Podía ser testigo de grandes barbaridades jurídicas. El asesinato era aun posible. Las matanzas populares tenían poca probabilidad. Había más cansancio, más fatiga que entusiasmo. Se había ahogado en su propia sangre.

El arresto de mucha gente sospechosa si que era comprensible aun. Al Comité de Salud pública se entregó una delación comunicando que Robespierre, Danton y otros habían urdido un complot en una reunión que habían celebrado en Charentón. Esta noticia embarazó al Comité doblemente, pues en el Norte no sufría más que fracasos, aportando diariamente á la Asamblea datos humillantes para su prestigio, solicitando á cada instante votos de ilimitada confianza. El día 20 de Mayo y en virtud de las excesivas demandas de dinero hechas por el Comité de